

TIEMPO FUGAZ

Resultan, sin duda, lugares comunes, afirmaciones de cómo corre el tiempo, «cómo pasa la vida», con que velocidad surge, madura y se extingue esta extraña criatura que es el hombre. Ya lo ha cantado, de manera triste y bella, Jorge Manrique, advirtiéndolo, como buen poeta sabio, que «no se engañe nadie, no/ pensando que ha de dudar/ lo que espera», pues «presto se va el placer» y nuestras existencias, «tan callando» y tan inexorablemente como los ríos «que van a dar a la mar». Pero el hecho de que sean expresiones vulgares, no las vacía del contenido cierto que encierran, de la carga de verdad incuestionada e incuestionable que poseen; mas aún, son precisamente esa evidencia y ese conocimiento generalizados, los que las transforman en moneda corriente, en lugar común.

Tal velocidad del acontecer parece que se acelera conforme la edad avanza. Las cosas, los hechos, todo ese conglomerado casi infinito de afanes, esperanzas, frustraciones, gozos, tristezas, que forman la trama de la vida humana, se suceden vertiginosamente. Apenas vislumbrados, ya son pasado que se aleja, atraído con fuerza irresistible por enigmático abismo sin fondo, dejándonos a su paso sólo un sabor y una sensación leves, indefinidos, entre amargos y dulces, consecuencia de la fugacidad con que los percibimos.

Toda esta reflexión me la resucita el recuerdo de cuando se inició el TORRALBO. Parece que fue ayer y han pasado, si no me equivoco, doce años. Doce años, ni siquiera una milésima de segundo en el reloj del Universo, pero un largo periodo en el calendario humano. Han desaparecido seres queridos y amigos entrañables, dejando heridas y muñones, tal vez no cicatrizados todavía, en nuestra alma. Los hijos, entonces estudiantes de bachiller, ahora se encuentran ya sumidos en la afanosa actividad impuesta por sus quehaceres, como aves que ya vuelan lejos de la mirada paternal y del calor protector de la madre.

Doce años. El mundo, parece mentira, sigue igual. Se han producido algunos cambios pero no evolución perceptible hacia situaciones mejores, mas justas, mas perfectas. Desaparecieron muros



A. TORRALBO CÁCERES

diversos, imperios fundados sobre el dolor, la muerte, la represión, la ausencia de libertad, creando esperanzas expectativas, ilusiones renovadas. Pero éstas fueron todas aventadas, con violencia y rapidez, por otros acontecimientos miserables y trágicos. La destrucción, fin exclusivo del espantoso juego de la guerra que, con constancia digna de mejor causa, practicamos los hombres desde el comienzo de los siglos, sigue regando con sangre inocente la tierra. Cualquier excusa es buena: el espacio vital, la implantación forzada de la utopía, la religión fanatizada, el hecho diferencial racista y nacionalista. . . ; todo menos usar ese instrumento de la inteligencia que es el raciocinio, para ser tolerantes y entender que como seres de la misma especie y pasajeros en la misma nave, debemos aunar fuerzas, ayudarnos y no provocar situaciones incontrolables que puedan desembocar en un naufragio colectivo.

Como de forma casi obsesiva he escrito a lo largo de estos años, buena ocasión nos brindan los días de Semana Santa para meditar sobre nuestros comportamientos, tratando de que sean en verdad inteligentes. Si lo consiguiéramos, si nuestros esfuerzos no fueran tan laxos, tímidos y desgana-dos como hasta ahora, nos encontraríamos con una fascinante sorpresa: la de estar cumpliendo uno de los mas emotivos e importantes mandamientos evangélicos: amar al prójimo.

MIGUEL MOLINA RABASCO.